

## Ser padre \*

MARIO POLANUER \*\*

### Un caso

Estamos en una institución psiquiátrica, en una de las sesiones de psicodrama que allí animamos regularmente.

Avelino, un hombre de unos cincuenta años, se encuentra sentado en un ángulo de la sala, ensimismado y silencioso, mientras el resto del grupo va hablando, en esa «ausencia de diálogo» propia de los grupos de psicóticos. (1) Es su primera sesión, y parece estar ausente en algunos momentos, y ansioso por intervenir en otros. Se le ve más tenso a medida que el tiempo transcurre, hasta que se produce un silencio y toma la palabra.

Nos relata que hace pocos días ha intentado suicidarse, y que a partir de dicho intento fue ingresado. Que no es su primer ingreso y que el anterior fue hace diecisiete años. En ese lapso no había tenido problemas que requirieran intervención psiquiátrica alguna. Su depresión actual se desencadenó en el momento en que su hijo, de veinticinco años, heroinómano, fue abandonado por su mujer y regresó a vivir a la casa paterna.

Dice que le hace la vida imposible, ya que su existencia no es ordenada, no es un hombre de provecho. Roba dinero para drogarse. Roba en la calle y roba a sus padres. Avelino, a la vez que teme por su suerte, no puede tolerar que su hijo no sea un hombre «como debe ser».

En su relato describe encuentros con su hijo en horas intempestivas, durante los cuales se pelean a voces y rozan el enfrentamiento físico. Le invitamos a representar el primero de los que relató, y abunda en detalles: Avelino está esperándolo en su casa después de enterarse de que el muchacho empeñó unas joyas de su madre. El hijo llega a las tres de la mañana, y Avelino lo amenaza. El hijo da se-

ñales de arrepentimiento y él, pensando que su arrepentimiento no se traducirá en actos, se siente triste y lo deja ir a dormir.

Elige para jugar el papel de su hijo a Pedro, un joven que presenta las características físicas opuestas a las del personaje que debe interpretar (su hijo es un hombretón), quien poco tiempo antes había representado una escena propia, en la que se interrogaba por la relación con su padre. Las únicas palabras que Pedro recordaba haberle oído pronunciar durante su primera infancia eran: «sácame esto de aquí» (esto era Pedro), dirigidas a su madre, que acudía presta a retirarlo.

Se inicia la representación. Avelino se pasea nervioso por el recibidor, llega su hijo y él lo deja pasar a la sala. El hijo se sienta, y en ese momento Avelino se transforma de hombre atormentado en tormenta. Se arroja sobre su hijo y, tomándolo por el cuello, le grita: «Esto no puede seguir así.»

Tememos por un momento que esté confundiendo a Pedro con su hijo, a la escena representada con la sucedida. Interrumpimos la representación para pedirle un soliloquio, y Avelino habla, entre miradas de resentimiento hacia el lugar donde está Pedro y momentos de ausencia. Nos dice: «O mato a mi hijo, le clavo un puñal y voy a la cárcel para toda la vida, o me lo clavo yo, para que el recuerdo de mi muerte le enseñe cómo debe ser un hombre.»

Lo invitamos a cambiar de rol, y la escena se repite; ya que Pedro se angustia jugando ese papel en el que debe realizar un acto tendente a la inscripción forzada de un orden que a él le muestra un fondo de ausencia. Pero a pesar de la dificultad, Avelino entra en la escena, la emoción se actualiza y se ve desde el otro. Ve su propia furia incontrolada y habla del dolor ante esa imagen de fuerza magnifi-

\* Comunicación leída en el V Congreso de la SEPT, en Madrid, los días 9 y 10 de mayo de 1986, bajo el título «La Ley».

\*\* Psicoanalista, Psicodramatista.

cada por su inoperancia, y de la sinceridad de un arrepentimiento que, también, sabe inoperante.

De vuelta en su rol, nos comenta: «A su padre es al único que aún respeta...», queriendo creer que la apuesta por la vida funciona. Y llora.

En los comentarios posteriores nos dice que en el papel de su hijo reconoció cosas de sí mismo. Y sin relacionarlo con lo anterior, habla de sus conflictos con la policía y con toda figura de autoridad, que le resultan más persecutorios cuanto mayor es su melancolía. Y que reacciona ante ellos con violencia. En sus enfrentamientos apela a una ley que considera implacable, pero que nunca se instrumenta cuando él la alude para protegerse de sus representantes, que, para él, la manejan a su arbitrio, transformándola en herramienta de poder, en lugar de asumirla como un lugar tercero que regule sus relaciones. Como él ante su hijo, no hallando manera de instaurar una terceridad.

Luego nos cuenta que su padre lo envió al ejército a una edad tal que aun en tiempos de guerra no lo admitieron por su juventud, no sin señalar que él estuvo de acuerdo. El objetivo de su padre: que sea un hombre de ley.

El grupo responde con cohesión. Parece instaurarse algo de orden del diálogo. La representación pareció abrir en Avelino la posibilidad de poner en circulación las palabras que marcan tanto su encapsulado delirio como una encrucijada de su historia, y pasar del solipsismo inicial a una cierta apertura al otro. Y en el grupo también se percibe un efecto de similar naturaleza: los demás pacientes responden; con lágrimas, con reflexiones sobre sus propias historias, con elementos de sus delirios. No siempre se puede distinguir entre ambos, pero la palabra circula.

### La escena

Aunque esta escena no permita un diagnóstico acabado del sujeto en cuestión (2), nos presenta una situación paradigmática en la que Avelino se ve obligado a responder ante su hijo, y a través de él a dar cuentas de su propia posición ante el universo de la ley. Y, a su manera, nos dice que esto le precipita en la melancolía, y que a partir de ese momento se insinúa una proliferación imaginaria en la que la distancia entre el otro y los otros se borra (3).

Si en la escena psicodramática se va al encuentro con el otro, el cambio de roles subraya su condición de semejante. Su hijo, que en última instancia deviene en cuestionador de su existencia, adquiere por virtud del artificio escénico una voz que es articulada desde un

otro real. Poniéndose en su lugar, tal como sucede a veces cuando los pacientes se colocan en el lugar del otro del delirio, esa palabra invasora y cierta se convierte con su articulación en susceptible de ser cuestionada. Y esto no resulta tranquilizador, en tanto apunta al momento inaugural de un desarrollo delirante, y la constitución del delirio viene a poblar el agujero que el sujeto padece en su batería significativa.

Si el delirio es un intento de curación (4), aquello que lo cuestiona tiende a reducir el precario equilibrio que en su estructuración se consigue. Por lo tanto, hay un nivel de angustia que aumenta en el recorrido de dicha interrogación. Pero quizá de él resulte el retorno a un orden que permita una relación mediatizada con lo real: que no todo otro encarne a ese otro omnipresente y amenazador.

De la misma manera, acceder al lugar de antagonista permite reconocer ese encuentro que tiende a instalar al sujeto en el delirio. La representación abre un circuito de diálogo en el grupo, y sólo en esa apertura se esboza la posibilidad de «injerto» de un significante faltante en el otro (5).

Si bien es cierto que no se puede hacer funcionar aquello que no se tiene, no lo es menos que el corte en el momento de la agresión permite poner en palabras lo que está puesto en acto, y sustraer al protagonista de esa situación dual en la que está atrapado, funcionando aquí la regla de juego como tercero. Y ver a través de los otros su propia ubicación abre en el dramatizante una distancia entre sujeto y discurso, entre discurso y acto.

El psicodramatista es garante de la regla y de que el juego es juego. Pero no por eso deja de producirse una inversión en la que el sujeto se ve confrontado a su participación en esa realidad caótica que él veía como exterior.

Acerca de su sostenimiento queda una interrogación, ya que la ausencia de un significante fundamental determina una estructura que quizá no posea la estabilidad necesaria para que dicha inversión tenga constancia.

### Ser padre

«La investigación psicoanalítica de la paranoia sería totalmente imposible si los enfermos no presentaran la peculiaridad de revelar espontáneamente, aunque alterado por la deformación, aquello que los demás neuróticos ocultan como su más íntimo secreto» (6).

«En el nombre del padre es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley» (7). Es en torno a esta figura que intentaremos una reflexión sobre lo anteriormente expuesto.

Dice Lacan: «Para que la psicosis se desencadene es necesario que el nombre del padre, forcluido, es decir, sin haber llegado nunca al lugar del otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto...» (8).

«Pero, ¿cómo puede el nombre del padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado? Por ninguna otra cosa sino por su padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por un-padre. Así, es preciso que ese un-padre venga a ese lugar adonde el sujeto no ha podido llamarlo antes» (9).

En la escena descrita se perfila la situación en la que Avelino se encuentra. Al verse confrontado en su relación con su hijo a la función de transmisión que debería cumplir, ve dibujarse la repetición de una escena con su propio padre. Pero aún más: en esa relación dual en que la agresión se multiplica se manifiesta la ausencia de una ley operante y se verifica la invocación de alguien que la incorpore. Y ese un-padre no es otro que el sujeto, llamado a ocupar un lugar que por estructura desconoce.

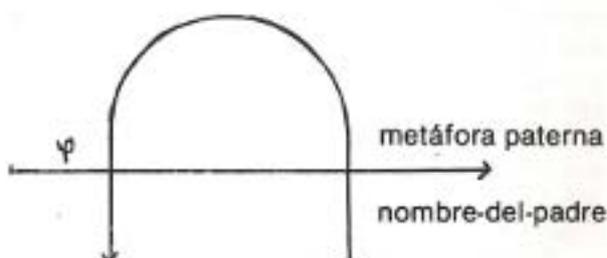
Y si la ley es el correlato de la ley del lenguaje, para su ejercicio requiere una relación a lo simbólico que permita cierta aprehensión de lo real, de manera que su invasión no se produzca. Así como la condición del hijo habla de su estructura, es a partir de ese encuentro que el desmoronamiento se produce.

Y Avelino se da cuenta del *impasse* en el que se encuentra: si la inscripción de la ley es efecto de la función paterna y del padre del que se trata es el padre muerto, el padre simbólico, él sólo puede ponerse en posición de padre con su muerte real, o ponerse en ese lugar con el asesinato.

«No hay, por supuesto, ninguna necesidad de un significante para ser padre, como tampoco para estar muerto. Pero sin significante nadie, de uno y otro de esos estados del ser, sabrá nunca nada» (10).

## NOTAS

- (1) (5) G. LEMOINE: «Un grupo de psicóticos». *Cuadernos de Psicodrama*. N.º 1 y 6/7.
- (2) Acerca de la relación entre paranoia y melancolía, nos parece ilustrativo el siguiente gráfico, que «J. A. Miller utiliza para señalar cómo la metáfora paterna funciona como punto de almohadillado a partir del cual retroactivamente surge la significación fálica». (Diana Rabinovich: «La psicosis según Bion». En *Psicoanálisis y psicosis*, de Ed. Manantial.)



- (3) J. LACAN. Seminario III. «La psicosis».
- (4) (6) S. FREUD. «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito.»
- (7) J. LACAN. «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis.» *Escritos I*.
- (8) (9) (10) J. LACAN. «De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis.» *Escritos II*.